



Revista de Psicología Social

International Journal of Social Psychology

ISSN: 0213-4748 (Print) 1579-3680 (Online) Journal homepage: <http://www.tandfonline.com/loi/rrps20>

Identidad colectiva movilizada

José-Manuel Sabucedo, Mar Durán & Mónica Alzate

To cite this article: José-Manuel Sabucedo, Mar Durán & Mónica Alzate (2010) Identidad colectiva movilizada, Revista de Psicología Social, 25:2, 189-201, DOI: [10.1174/021347410791063822](https://doi.org/10.1174/021347410791063822)

To link to this article: <https://doi.org/10.1174/021347410791063822>



Published online: 23 Jan 2014.



Submit your article to this journal [↗](#)



Article views: 323



Citing articles: 8 View citing articles [↗](#)

Identidad colectiva movilizada

JOSÉ-MANUEL SABUCEDO, MAR DURÁN Y MÓNICA ALZATE

Universidad de Santiago de Compostela



Resumen

En este artículo se analiza la relación entre la identidad y la acción política. Frente a los conceptos de identidad colectiva e identidad colectiva politizada que han sido utilizados habitualmente para explicar ese tipo de comportamiento, se plantea un nuevo tipo de identidad, la colectiva movilizada, que está asociada a la acción política. En la construcción de esta identidad, la identificación grupal desempeña en muchos casos un papel más significativo que la instrumentalidad de la acción. Esto lleva a plantear un tipo de racionalidad política que se sitúa más allá de la lógica consecuencialista y que se fundamenta en los principios morales del sujeto y en su compromiso con el grupo.

Palabras clave: Identidad social, identidad colectiva, acción política, identidad colectiva movilizada.

Mobilized collective identity

Abstract

In this article the relation between identity and political action is analysed. As an alternative to collective identity and politicized collective identity, which have been often used to explain political action, a new type of identity called mobilized collective identity is put forward. In the construction of this identity, group identification plays in many cases a more significant role than does instrumentality. As a result there emerges a new type of rationality, which goes beyond consequentialist logic and is based on the subject's moral principles as well as on his/her commitment to the group.

Keywords: Social identity, collective identity, political action, mobilized collective identity.

Agradecimientos: Este trabajo forma parte de una investigación más amplia que ha sido financiada por el Ministerio de Educación y Ciencia (SEJ2005-02302).

Correspondencia con los autores: José Manuel Sabucedo. Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología. Facultad de Psicología. Universidad de Santiago de Compostela. Campus Universitario Sur. 15782 Santiago de Compostela. Tel.: 981563100 ext. 13789. Fax: 981 528071. E-mail: josemanuel.sabucedo@usc.es.

El 11 de septiembre de 2001 diecinueve miembros del grupo terrorista Al-Qaeda secuestran cuatro aviones en los Estados Unidos de América y logran estrellar tres de ellos contra las Torres gemelas de Nueva York y el edificio del Pentágono. Esa acción terrorista provocó 2973 muertos y 24 desaparecidos.

1 de diciembre de 2002 más de doscientas mil personas convocadas por la plataforma Nunca Más recorren las calles de Santiago de Compostela protestando por la ineficiencia política a la hora de gestionar la catástrofe del Prestige y por la manipulación informativa por parte del gobierno

Madrid, 10 de junio de 2006. Cientos de miles de personas, convocadas por la Asociación de Víctimas del Terrorismo, realizan una concentración para manifestar su rechazo a la decisión del Presidente Zapatero de iniciar un proceso de paz con la banda terrorista ETA.

Diciembre de 2008, estudiantes de diversas universidades españolas ocupan rectorados y facultades para oponerse a la puesta en marcha del conocido como Plan Bolonia.

Esas cuatro distintas situaciones a las que acabamos de aludir son una muestra de la relevancia de la identidad para la comprensión de las acciones políticas. En cada uno de esos casos, y por razones muy diferentes, los individuos se sienten parte de un mismo grupo y por ello deciden actuar de modo colectivo. Por tanto, la identidad y la acción política son dos aspectos íntimamente relacionados. Pero antes de analizar los vínculos que existen entre ellos, es conveniente dedicar un espacio a aclarar de qué tipo de identidad se está hablando y su importancia para la comprensión del comportamiento político.

Identidad social e identidad colectiva

Las personas formamos parte de diferentes grupos sociales y esa pertenencia contribuye a un aspecto fundamental del autoconcepto, como es la identidad social. Tajfel (1984) definió la identidad social como “aquella parte del autoconcepto del individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado emocional y valorativo asociado a dicha pertenencia” (p. 292). Esa identidad social, según Taylor (2002) precede y determina a la identidad personal, ya que esta última depende del resultado de la comparación que el sujeto hace en relación con los otros miembros del endogrupo y de los exogrupos.

El concepto de identidad social es central en las ciencias sociales y es básico para analizar las dinámicas grupales (Abrams y Hogg, 1990; Turner, 1999). La identidad social supone que los individuos se sienten más próximos a los restantes miembros del endogrupo y establecen fronteras cognitivas y emocionales frente a los miembros de otros grupos. Esto es lo que posibilita la existencia de fenómenos como el favoritismo endogrupal y, de manera más general, de diversos comportamientos intergrupales que se desarrollarán en función de las características y situación de cada grupo. En este sentido, conviene recordar que Tajfel (1984) entendía la identidad social como “un mecanismo causal que interviene en situaciones de cambio social “objetivo”, cambio que es observado, anticipado, temido, deseado, o preparado por los individuos implicados” (p. 314). Por esta razón, Tajfel analizó en detalle las tres categorías de situaciones en las que podían verse envueltos los sujetos (las mal definidas, las de superioridad y las de inferioridad) y la manera de vivenciarlas.

Lo anterior muestra que el concepto de identidad social no sólo constituye una de las líneas de investigación más prolíficas y sugestivas de la Psicología Social, sino también que ha aportado una gran cantidad de conocimientos para el análisis de las relaciones intergrupales y los fenómenos políticos. Pese a ello, en los últimos años se observa una tendencia a sustituir el término de identidad social por el de identidad colectiva. La pregunta en este caso es si eso se debe a alguna razón sustantiva de fondo o si simplemente

viene motivada por cuestiones más formales como es la de intentar lograr una mayor precisión terminológica.

En su análisis de las implicaciones de las distintas facetas de la identidad social para la Psicología Política, Brewer (2001) se inclina por la primera opción. Esa autora parte de la tesis de que todas las conceptualizaciones sobre la identidad social que se han formulado se refieren a la idea de que el autoconcepto del individuo se deriva, de una u otra manera, de las relaciones sociales y de los grupos en los que participa (p. 117). Como puede observarse, esto resulta muy similar a la definición dada por Tajfel. Pero al margen de estas coincidencias, Brewer identifica cuatro modos distintos de entender la identidad social, entre las que se encuentran la identidad social basada en el grupo y la identidad colectiva. La primera de ellas alude a que el *self* o yo se considera como un elemento más e indiferenciable del resto del grupo. En este sentido, esta concepción de la identidad social se adecúa perfectamente a la teoría de la autocategorización de Turner, Hogg, Oakes, Reicher y Wetherell (1987), en cuanto el *self* se diluye en un “nosotros” y pierde su carácter único y distintivo. Frente a esta identidad, Brewer sitúa a la identidad colectiva, que según ella está asociada a la orientación sociológica de los movimientos sociales y que es especialmente significativa para el análisis de la conducta política. Esto implica que las diferencias entre ambas están en que la primera se refiere, básicamente, a los procesos de pertenencia y diferenciación intergrupales; mientras que la segunda incluiría también las creencias y representaciones que los individuos tienen de sí mismos como miembros de ese grupo, sus valores y aspiraciones, así como su relación con los otros colectivos con los que comparten un mismo contexto socio-político.

Esa distinción que establece Brewer es bastante cuestionable porque la percepción de semejanza y pertenencia grupal se basa, entre otros elementos, en las creencias que son compartidas. Es difícil identificarse con un grupo si no se participa de una visión común sobre cuestiones significativas (Bar-Tal, 1990; Giddens, 1984). Esto es, esas creencias no se limitan a una serie de ideas identitarias vagas, sino que necesariamente aluden también a los exogrupos y al tipo de relaciones que se mantiene con ellos, etcétera. Bar-Tal (2000), afirma que esas creencias sociales constituyen el *ethos*; esto es, la configuración de las creencias societales que proporcionan la orientación particular a una sociedad. De esta manera, esas creencias compartidas sirven para validar la realidad percibida de los miembros del grupo. Además, esas creencias no son estáticas, sino que se modifican a raíz de los posibles cambios que se vayan produciendo en las relaciones intergrupales. Así, Oren y Bar-Tal (2006) señalan que el *ethos* de conflicto que domina en la sociedad israelí y que es funcional para afrontar una situación de enfrentamiento violento de tanta duración como es el palestino-israelí, se modificó en ciertos sectores de ese colectivo a raíz de los sucesivos procesos de paz y acercamientos a algunos países árabes que tuvieron lugar desde 1977. Sin embargo, con el recrudecimiento de la violencia el *ethos* del conflicto volvió a ser dominante.

A tenor de lo que acabamos de comentar, creemos que la posición de Brewer no tiene la suficiente consistencia para justificar el abandono del término identidad social. De todas las maneras, ese no era el aspecto más problemático de su argumentación. Esa autora también mencionaba el interés que tiene la tradición sociológica de los movimientos sociales para el análisis del comportamiento político. Dado el énfasis que pone en su propuesta y las consecuencias que se derivaría de adoptar una perspectiva de análisis u otra, estimamos necesario realizar unos breves comentarios sobre esta cuestión.

Para algunos autores los antecedentes de la identidad colectiva de los movimientos se encuentran en los trabajos de Marx y Durkheim (Hunt y Benford (2004). En relación con Marx se afirma que sus planteamientos sobre la revolución y la conciencia de clase están muy próximos a los que hoy en día se utilizan para explicar la acción política colectiva. En ambos casos se produce una identificación con el grupo que se traduce en

solidaridad y apoyo mutuo. Es evidente que la identidad social o la identidad colectiva implica tomar conciencia de que se forma parte de un grupo. De hecho, eso está claramente expuesto en la ya comentada definición de Tajfel de identidad social. Pero tampoco conviene olvidar, como apuntamos en otro momento (Billig y Sabucedo, 1994) que algunas posiciones marxianas resultan, por su determinismo económico e ideológico, incompatibles con una visión en la que la definición y comprensión de la realidad social está abierta a la influencia y acción de los individuos y colectivos.

Un problema similar lo encontramos con Durkheim. Hunt y Benford (2004) evocan su concepto de representaciones colectivas para justificar su elección como antecedente intelectual de los trabajos actuales de la identidad colectiva. Es cierto que el pensamiento de Durkheim ha tenido una influencia notable en las ciencias sociales, e incluso figuras destacadas de la Psicología Social lo han señalado como inspirador de sus teorías. Este es el caso de Moscovici (1984), quien afirma que su teoría de las representaciones sociales es deudora de las tesis de las representaciones colectivas del sociólogo francés. Sin embargo, la naturaleza de las representaciones colectivas de Durkheim implica que los hechos vienen dados y que como tales tienen una naturaleza independiente de los propios individuos. La relación que proponía entre lo social y lo psicológico, quedó reflejada en su tantas veces mentada afirmación de que "... todas las veces que un fenómeno social es explicado directamente por un fenómeno psíquico, se puede asegurar que la explicación es falsa" (Durkheim, 1986, p. 118).

No parece, pues, que ese tipo de visión del individuo y del grupo se adecúen a lo que debiera ser una perspectiva psicosocial. Además de ello, la teoría de la identidad social recoge, aunque es cierto que con algunas lagunas como señala Huddy (2001), la dimensión de acción política del comportamiento grupal a la que aludía Brewer. El análisis de Tajfel (1984) de las estructuras de creencias de movilidad-cambio social, es un claro ejemplo al respecto. Con esto queremos mostrar que el nivel de análisis psicosocial dispone del bagaje teórico necesario para abordar esa tarea que Brewer situaba en el ámbito de las orientaciones sociológicas.

Pero la propuesta de cambiar la denominación identidad social por la de identidad colectiva ha sido también defendida por otros autores, tales como Simon y Klandermans (2001). Aunque en este caso, los motivos son diferentes. Esos autores prefieren llamar colectiva y no social a esa identidad, porque todas las identidades, incluidas las individuales, son sociales. Por lo tanto, reservar el término social para un tipo podría llevar a pensar que las otras no lo son. Como puede observarse, la razón que se esgrime para preferir una denominación a la otra tiene que ver con cuestiones de precisión terminológica y no con críticas respecto a la capacidad de las orientaciones psicosociales para dar cuenta del comportamiento político. Por si hubiese algún tipo de duda respecto a su posición sobre la identidad colectiva, los autores tienen especial interés en despejarla señalando de modo taxativo qué entienden y qué no entienden por ese concepto:

...queremos aclarar que la identidad colectiva se utiliza en este análisis como un concepto psicológico (social) y no como un concepto sociológico en el sentido Durkheimiano. Esto es, la identidad colectiva en el sentido que le estamos dando es la identidad de una persona como miembro de un grupo y no la identidad de un grupo como entidad *sui generis*. (Simon y Klandermans, 2001, p. 320).

De esa manera tan rotunda, alejada de todo reduccionismo sociologista, Simon y Klandermans apuestan por la idoneidad del nivel de análisis psicosocial para la comprensión de los fenómenos políticos.

Por lo anterior, y al no haber una discrepancia de fondo con los planteamientos realizados desde la teoría de la identidad social, pensamos que la propuesta de Simon y Klandermans es razonable en cuanto que diferencia de forma más clara los planos de la identidad social y colectiva. Al mismo tiempo, esa propuesta tiene también la virtud de recoger un término que es clásico en la tradición sociológica y politológica y darle una orientación más psicosocial.

Identidad colectiva: de la politización a la movilización

La identidad colectiva no sólo nos sitúa en un lugar en el mundo social, por utilizar la metáfora de Simon (1998), sino que también marca un determinado espacio relacional entre los grupos. Antes de referirnos a él y a la transformación que se puede producir en la identidad colectiva como resultado, queremos hacer una breve referencia a una cuestión estrechamente vinculada con todo lo que comentaremos a continuación y que recoge la preocupación de Huddy (2001) a la que aludimos en el apartado anterior.

La preocupación de Huddy era construir un concepto de identidad que respondiese a lo que ocurre en el mundo político real. Ello obliga a prestar atención a algunos aspectos que, según ella, no son muy tenidos en cuenta en los trabajos de laboratorio. Entre esos aspectos se encuentran los dos siguientes: la pertenencia voluntaria versus adscrita a los grupos y el grado de identificación grupal. El primero de ellos alude a una cuestión importante que en ocasiones parece obviarse dando por supuesto que todos los sujetos se identifican con el grupo al que pertenecen. Pero según Huddy (2001) es necesario ser consciente de la importancia de aquellas identidades que se asumen de modo voluntario y pleno por los sujetos frente a las que simplemente le vienen asignadas. Las primeras permiten seguir manteniendo la cohesión social y una autoestima elevada incluso en un contexto desfavorable para el endogrupo (Turner, Hogg, Turner y Smith, 1984).

El segundo aspecto está relacionado con la manera en que se trata la variable de identificación con el grupo. En ocasiones se alude a ella en términos dicotómicos: identificación versus no identificación. Pero esta no parece una forma muy idónea de conocer la relación que los sujetos mantienen con sus grupos. En el mundo real no sólo hay que considerar si se es parte o no de un grupo, sino también el grado de intensidad, firmeza o compromiso de esa adscripción. Es evidente que cuanto más vinculado se sienta uno con el grupo, más dispuesto se está no sólo a participar en su nombre, sino también a asumir mayores costes y sacrificios por el bien del colectivo. En ese mismo sentido, también a mayor intensidad de la identificación mayor será la tendencia a actuar en beneficio del endogrupo. En diferentes estudios (Noel, Wann y Branscombe, 1995; Perreault y Bourhis, 1999) se muestra cómo, efectivamente, un mayor nivel de identificación favorece una mayor discriminación exogrupal y un mayor favoritismo endogrupal.

Lo anterior es una buena muestra de la relevancia de la pertenencia grupal y de la intensidad de la identificación. Si no tenemos en cuenta estas variables no podremos comprender en toda su dimensión el papel de la identidad colectiva dentro de un contexto intergrupal más amplio y las distintas transformaciones que puede sufrir esa identidad.

Las condiciones en las que se encuentra cada grupo y el tipo de relaciones que mantiene con los demás no es algo azaroso, sino que responde a algo tan obvio, y a veces tan olvidado, como es el hecho de que en la sociedad existe una asimetría de poder entre los diferentes grupos que se utiliza para favorecer al endogrupo y discriminar a los exogrupos (Ng, 1982). Esa variable de poder está omnipresente e influye en todas y cada una de nuestras relaciones, desde las personales hasta las colectivas. Pero el poder que aquí nos interesa es aquel que afecta a las estructuras sociales y al sentido común hegemónico en un momento determinado. Porque conviene recordar que el poder no radica únicamente en la posibilidad de discriminar a otros, sino también en la capacidad de difundir e imponer creencias que justifican y legitiman un determinado orden social que incluye, entre otros aspectos, la existencia de desigualdades y agravios.

La situación de los diferentes grupos sociales no puede entenderse, por tanto, al margen del contexto social y político en el que existen unas determinadas relaciones de poder. Pero el hecho de que exista esa estructura de poder no debe suponer una reificación de los sistemas sociales hasta el punto de olvidar que son el resultado de la actividad humana. Berger y Luckman (1968) afirmaban que la reificación "... implica que el hombre es capaz de olvidar que él mismo ha creado el mundo humano y, además, que la

dialéctica entre el hombre, productor, y sus productos pasa inadvertida para la conciencia" (pp. 116-117). Si sustituimos el término hombre por el de grupo, enseguida somos conscientes de la necesidad de que las identidades colectivas se construyan poniendo en entredicho la presunta "objetividad" de una realidad externa que puede serles desfavorable. Esto abre la posibilidad de que los grupos se pregunten por las razones de su situación y la de los otros, y de esta manera frente a una identidad colectiva pasiva, que asume un statu-quo determinado, se vaya creando otra identidad más activa que desafíe la estructura de poder social y busque alternativas y salidas para el grupo.

Un ejemplo que ilustra lo que estamos comentando nos lo proporciona el siguiente texto difundido por los obreros textiles de Barcelona en 1857.

Ellos (los fabricantes) son los que con sus exigencias han abierto nuestros ojos y nos han obligado a buscar la causa de nuestros males. Y de raciocinio en raciocinio hemos llegado a comprender que nuestros males cesarán cuando las Cortes se interesen por nuestra causa, y las Cortes estarán a favor nuestro y a favor de la justicia al mismo tiempo, cuando nosotros nombremos a los diputados (*cf.*: Martí, 1988. p. 193).

Para los psicólogos sociales interesados en el comportamiento político, ese texto es sumamente interesante. En primer lugar, por sus autores. No estamos ante la conclusión de un académico que impone su modelo teórico para dar cuenta de determinados hechos de la realidad, sino ante consideraciones realizadas por los propios activistas políticos y que tienen como finalidad, no debemos olvidarlo, animar y legitimar su acción política. En segundo lugar, porque en ese texto se expresa claramente cómo la identidad colectiva adversa ("nuestros males"), adquiere conciencia política ("ellos" "... han abierto nuestros ojos"), que se traduce en una condición necesaria para intervenir en la esfera política ("... cuando nosotros nombremos a los diputados").

De esta manera, resulta claro que una de las dimensiones fundamentales que pueden caracterizar a la identidad colectiva es la toma de conciencia de que la situación del grupo no es independiente de las relaciones de poder que existen en un contexto político específico. Desde el momento en que interpretan la posición del endogrupo y exogrupos, y las relaciones entre ellos, atendiendo a ese contexto más amplio, podríamos hablar de una identidad colectiva politizada.

Esta politización es requisito obligado para que el grupo realice acciones tendentes a modificar su situación. Sin embargo, éste no es un proceso automático, ya que existen una serie de factores que pueden facilitar o inhibir el paso de esta identidad colectiva politizada a la acción. Esto es, el ser consciente de que la posición social negativa que ocupa el endogrupo está motivada por la acción de un exogrupo con más poder no garantiza que se actúe para cambiar ese estado de cosas. Incluso podría ser al contrario si se interioriza que la asimetría de poder es tan contundente que toda acción destinada a cambiar ese estado de cosas estará abocada al fracaso. Esta es, de hecho, una de las explicaciones que ofrece Martín-Baró (1998) del fatalismo. Para este autor el fatalismo es

...una realidad social, externa y objetiva antes de convertirse en una actitud personal, interna y subjetiva. Las clases dominadas no tienen posibilidad real de controlar su propio futuro, de definir el horizonte de su existencia y moldear su vida de acuerdo a esa definición. Mediante el fatalismo adquiere sentido, por deplorable que sea, la inevitabilidad de unas condiciones que no abren más alternativa a la vida de las personas que la de someterse a su destino. (p. 96).

Este comentario de Martín-Baró es muy pertinente por dos razones. En primer lugar, porque muestra la conexión entre los factores estructurales y los subjetivos, de tal manera que las actitudes de las personas son reflejo de las condiciones en las que viven. En segundo lugar, porque muestra de manera clara cómo ciertas respuestas de inacción pueden resultar, en un momento concreto, adaptadas a las situaciones particulares en las que se encuentra el grupo. Es esa conciencia de la posición de poder que ocupa y de las fuerzas con las que se cuenta para modificarla la que puede llevar, precisamente, a no actuar.

Por ello, es necesario diferenciar entre politización y movilización. La segunda no es posible sin la primera, pero la primera no conduce inexorablemente a la segunda. Esta posición es distinta a la propuesta de Simon y Klandermans (2001) que defienden la utilización del término identidad colectiva politizada como una forma de identidad colectiva que motiva a los sujetos a implicarse en la lucha por el poder. De esta manera, bajo esa etiqueta incluyen tanto el proceso por el que los sujetos son conscientes de que su situación depende de un contexto político determinado, como su intención de implicarse en la lucha por el poder. Esto es, dan por supuesto que conciencia y movilización forman parte de una misma realidad. Sin embargo, como hemos mostrado anteriormente, es preciso diferenciar esos dos momentos. Por ello, planteamos que el término identidad colectiva politizada debe reservarse para el proceso por el cual los sujetos sitúan su identidad colectiva en el contexto político y en pugna con otras identidades colectivas, mientras que el término identidad colectiva movilizada haría referencia a aquellas identidades que impelen a los individuos a actuar en ese contexto.

Factores asociados a la identidad colectiva movilizada

En este apartado haremos una referencia a diferentes variables que posibilitan que los individuos decidan actuar de forma colectiva para tratar de incidir políticamente en aquellas cuestiones que les afectan como grupo. Esas variables están relacionadas con la percepción de la situación endogrupal, la identidad del adversario y los motivos más relacionados con el contexto de la movilización. En las páginas que siguen comentaremos brevemente cada uno de esos aspectos.

Identidades colectivas agraviadas

Una condición indispensable para que exista una identidad colectiva movilizada es la asunción de que esa pertenencia grupal es la responsable de los agravios e injusticias que sufren los miembros del grupo (Tajfel y Turner, 1979; Wright, Taylor y Moghaddam, 1990). Como es fácilmente comprensible, esas situaciones adversas para el grupo pueden adquirir formas muy variadas. Klandermans (1997) señala las siguientes: las desigualdades ilegítimas, los agravios inesperados, la violación de principios relevantes para el grupo y los privilegios amenazados.

Pero al margen de que esa lista pueda ser susceptible de incorporar nuevas situaciones, hay dos factores importantes que es preciso tener en cuenta para conocer el tipo de acción, de entre las varias posibles, a la que pueden recurrir los grupos para incidir en ellas. Uno de esos factores es la centralidad o gravedad que cada una de esas posibles situaciones tiene para el grupo y su identidad. Esto es, no todas las situaciones negativas que en un momento determinado puede padecer un grupo resultan igualmente relevantes. No es lo mismo sentirse mal remunerado por un trabajo, que tener vetado el acceso a él.; no es lo mismo que el gobierno no sea sensible a las demandas de un colectivo, que no tener libertad para expresarlas; y no es lo mismo reclamar una mayor participación en la toma de decisiones políticas, que carecer de los derechos humanos más elementales. Todas esas son, efectivamente, condiciones adversas pero no tienen la misma gravedad para el bienestar del grupo. El otro factor a considerar es la existencia o no de canales de participación que permitan que esas u otras demandas sean tratadas de forma justa y democrática. Con esto nos referimos a si el sistema dispone o no de mecanismos consensuados y legitimados para tratar los conflictos que inevitablemente surgen en toda sociedad.

Esos dos factores están determinando, en gran medida, el tipo de acción política por la que optarán los grupos. En los casos en los que la privación sea central para la identidad del grupo y, al mismo tiempo, el sistema no ofrezca vías para buscar una solución negociada a dicha privación, se creará una identidad victimizada extrema que intentará legitimar acciones políticas que pueden llegar a ser violentas.

Al margen de que el grupo construya una identidad victimizada, también va a intentar que esa identidad sea lo más inclusiva posible. Cuanto más inclusiva sea la identidad, más personas van a sentirse vinculadas al grupo y a sus reivindicaciones, con lo cual su fuerza será mayor. Por ello los grupos apelan a categorías tan generales como las de clase social, religión, nación, etcétera. Un ejemplo de esas identidades inclusivas las encontramos en los textos de diferentes grupos terroristas. Así en la “Declaración de guerra contra los americanos que ocupan la tierra de los lugares santos” y en la “Yihad contra judíos y cristianos” distintos ideólogos del movimiento yihadista señalan que la agresión de los Estados Unidos de América y de occidente es contra la nación islámica. De esta forma se intenta que los millones de personas en el mundo que se identifican con esa categoría religiosa-cultural se movilicen a favor de la causa yihadista (Sabucedo y Durán, 2007). Esa misma construcción retórica la encontramos en el caso de ETA. El análisis de los comunicados de ese grupo terrorista muestra claramente cómo pretenden ampliar su identidad hasta hacerla coincidir con una categoría general como es la de lo vasco (Sabucedo, Rodríguez y Fernández, 2002). La creación de esas identidades inclusivas no sólo pretende crear una base de movilización lo más amplia posible, sino también convertir a los grupos que las fomentan en referentes y valedores de esa categoría social.

La atribución de responsabilidades a los otros

El elemento que necesariamente acompaña al “nosotros” agraviados es el “otros” responsables. Sin esta contraparte, la acción política carecería totalmente de sentido ya que no habría nadie al que señalar como causante de los males o frustraciones que sufre el endogrupo. Por ello, esa dinámica de atribución de responsabilidades está normalmente al servicio de una versión de la realidad que exonera al endogrupo de toda culpa en relación con las condiciones adversas en las que se encuentra.

En su análisis de la identidad social y el terrorismo, Taylor y Louis (2004), señalan la importancia que en la identidad del grupo terrorista tiene la definición del otro. Desde su punto de vista, la identificación de un responsable de todos sus males simplifica la necesidad de explicar las razones de la desigualdad social. Y de la misma manera que los grupos que se encuentran en una situación ventajosa responsabilizan a los más desfavorecidos de su situación apelando a la creencia en un mundo justo, los que se encuentran en una posición marginal recurrirán a la creencia en un mundo injusto (Taylor y Louis, 2004, p. 182). Pero además de esa finalidad epistémica al servicio de los intereses del endogrupo, la atribución de responsabilidades contribuye a crear una representación del adversario.

La gravedad percibida de la situación en la que se encuentra el endogrupo, la historia previa de relaciones intergrupales, y la sensibilidad atribuida al otro para aceptar las demandas del endogrupo, van a ser determinantes del modo en que se representa al adversario. En algunos casos bastará con emplazarlo para que solucione el problema, y en otros se entrará en descalificaciones que pueden ir desde las más ligeras hasta las más graves. Pero en cualquiera de los casos, esa dinámica “nosotros” versus “ellos” da lugar a categorizaciones excluyentes que han sido muy bien estudiadas por la Psicología Social: discriminación exogrupal, sesgos en los procesos atribucionales, etcétera. Esa polarización grupal se traduce en una lealtad hacia el endogrupo y en falta de empatía hacia el adversario.

En los casos más extremos, esa polarización es la responsable de lo que Staub (1999), denomina ideologías de respuesta, que son aquellas que surgen de grupos que se encuentran en situaciones extremas y que incorporan una referencia explícita a los enemigos del grupo que deben ser destruidos. Cuando ocurre esto, el grupo genera creencias que deslegitiman e incluso deshumanizan al adversario (Bar-Tal, 2000) y posibilitan de esta manera justificar cualquier acto criminal cometido contra él. A modo simplemente de ejemplo señalemos algunas de las afirmaciones recogidas en la declaración

del Frente Islámico del Mundo el 23 de febrero de 1998. Allí se dice, entre otras cosas, las siguientes:

Hay dos partidos en todo el mundo: el partido de Alá y el partido de Satanás, el cual incluye a toda la comunidad, grupo, raza e individuo que no esté en pie bajo el estandarte de Alá... Los americanos... son gente rastrera que cometen actos a los que no se rebajaría ni el más voraz de los animales.

Como puede observarse esta estrategia de deshumanización cumple básicamente dos finalidades. En primer lugar, se trataría de hacer recaer en las características psico-políticas de los miembros del exogrupo la responsabilidad exclusiva del conflicto. Y en segundo lugar, se justificaría la comisión de actos violentos contra los causantes de esa situación.

La identidad y el contexto de la movilización

La acción colectiva implica necesariamente la existencia de un grupo que se une con la finalidad de conseguir un objetivo determinado. En este sentido, por tanto, la acción colectiva supone el desarrollo previo de un "nosotros", de una identidad colectiva. Por esta razón, la identidad forma parte explícita o implícitamente de diferentes modelos explicativos de la acción política (Simon *et al.*, 1998; Zomerén, Spears, Fisher y Leach, 2004). En esos planteamientos la identidad se ve acompañada de otras variables que también resultan significativas para dar cuenta de las acciones colectivas: la instrumentalidad, la ira, la ideología o la obligación moral. Esto es, se plantea un conjunto de factores que aparecen, de una u otra forma, asociados al comportamiento político colectivo. ¿Pero eso qué significa?. ¿Que todos ellos son igualmente significativos para explicar cualquier tipo de acción? ¿Que algunos son relevantes en un contexto, pero no en otros?. Si no aclaramos algunas de esas cuestiones, la simple referencia o enumeración de esas variables no tendrá demasiado valor teórico-explicativo.

Durante cierto tiempo, el análisis de los motivos que conducían a la acción colectiva ignoró el contexto específico de la movilización; esto es, los objetivos que se pretendían con ella. Turner y Killian (1987) solventaron esa laguna diferenciando tres tipos de acciones: las orientadas al poder, a los valores o a la participación. En cada una de ellas primaría un motivo distinto. En las orientadas al poder lo fundamental sería el carácter instrumental de la acción; la creencia de que esa acción va a ser eficaz para conseguir una determinada meta. En las orientadas a los valores, el motivo que anima la participación sería la expresión de desacuerdo con el ataque a ciertos valores o la defensa de otros. Finalmente, en las orientadas a la participación los sujetos se movilizarían por un sentimiento de identidad grupal.

Aunque esa relación de los diferentes motivos con las distintas orientaciones tenía una cierta lógica, subestimaba la significación de alguno de esos factores. En concreto nos estamos refiriendo a la identidad, ya que de lo comentado en el párrafo anterior podría sacarse la conclusión de que sólo interviene en las acciones orientadas a la participación. Pero ello no es así. De hecho los trabajos más recientes apuntan al papel central que desempeña esta variable.

De acuerdo con Stürmer y Simon (2004), la identidad ejerce una influencia directa sobre la acción colectiva. Esa influencia procede del hecho de que una identificación fuerte con el grupo hace que los sujetos se sientan obligados a actuar en su nombre, al margen de que ello resulte o no eficaz. En un análisis que estamos realizando sobre las motivaciones para participar en una concentración convocada por la Asociación de Víctimas del Terrorismo para protestar por el llamado proceso de paz auspiciado por el Presidente Zapatero con el grupo terrorista ETA, observamos un patrón de respuesta similar: la participación se asocia con las variables de identificación con el grupo convocante y la obligación moral. Por el contrario, la instrumentalidad no desempeña ningún papel ya que los asistentes a esa concentración no creen que esa acción logre modificar la deci-

sión del gobierno. Este es un dato importante ya que durante mucho tiempo la instrumentalidad parecía ser la única garante de la racionalidad. Pero, sin duda, hay racionalidad más allá de la lógica consecuencialista.

Morales (2007) en su magnífica lección de ingreso a la Real Academia de Doctores de España, después de referirse a las distintas funciones psicológicas que cumple la identidad grupal afirma que “Todas estas funciones demuestran que la fidelidad al grupo es racional y adaptativa, incluso en los casos en los que el sujeto debe posponer su propio interés” (p. 14). En este mismo sentido y si la fidelidad al grupo es racional, también lo es comprometerse con él en acciones colectivas a pesar de que éstas puedan no ser en un momento determinado eficaces. La satisfacción de actuar como miembro del grupo, de ser consecuente con sus principios, del respeto que se puede obtener por parte de los otros miembros del grupo, etcétera, suponen elementos que contribuyen de manera significativa a la autoestima personal y, por ello, es difícil afirmar que ese comportamiento no sea racional.

Si la identidad desempeña ese papel tan relevante que le hemos atribuido, entonces posiblemente tengamos que hacer una relectura del planteamiento anteriormente expuesto de Turner y Killian. Lo importante ya no es únicamente saber que una acción dirigida a obtener poder requiere de un motivo instrumental, o que una centrada en los valores demanda un motivo ideológico. Está claro que esto es así, pero ello sólo funcionará si previamente existe una identificación con el grupo. Si la hay, los sujetos activarán una u otra vía para la acción. Van Stekelenburg (2006) demuestra que la identificación con el grupo es el mecanismo que permite conectar a los que se movilizan y al contexto de la movilización, de tal manera que esa variable posibilita que en un caso los sujetos se movilicen por motivos instrumentales y en otros por motivos ideológicos.

Pero además de lo anterior, la identidad ejerce también una influencia indirecta sobre la acción colectiva a través de su incidencia sobre el razonamiento instrumental. En este caso se trata de que la identificación hace menos atractivo la opción del “gorrón”: la alta identificación incrementa los costes de la defección e incrementa los beneficios de la cooperación (Stürmer y Simon, 2004).

Comentarios finales

Tradicionalmente se ha señalado que la identidad colectiva satisface necesidades psicológicas tan fundamentales como el sentido de pertenencia, la distintividad, el respeto, la comprensión y la capacidad de actuar de manera colectiva (Morales, 2007). Esos elementos hacen que la identidad colectiva sea un concepto relevante para su uso en el campo de la política.

Pero la identidad colectiva no es un concepto unitario, sino que se articula en torno a tres aspectos: la identidad colectiva, la identidad colectiva politizada y la identidad colectiva movilizadora, que se van superponiendo una a la otra. De tal manera que para que pueda existir la segunda de ellas es preciso que previamente exista la primera, y para que aparezca la tercera tienen que darse las dos anteriores. La primera de esas identidades refleja el sentimiento de pertenencia, más o menos intenso, de un sujeto a un grupo y lo que ello significa en términos de comparación con otros. La segunda, en la que se da por supuesta una alta identificación grupal, lleva a explicar la situación del endogrupo en clave de un contexto externo que favorece o impide la consecución de sus metas e ideales. La tercera, que parte de la conciencia de que los resultados del grupo se dilucidan en el ámbito político, implica actuar sobre él para mejorar, mantener o no perder la posición en la que se encuentra el endogrupo. De acuerdo con esto, la identidad colectiva más inclusiva, la movilizadora, satisfaría todas las necesidades psicológicas fundamentales a las que aludimos anteriormente; mientras que la identidad colectiva más básica únicamente cubriría las primeras de esas necesidades.

La existencia de esas diferentes formas de identidad colectiva pone de manifiesto lo significativo que resulta la dinámica intragrupal para explicar el comportamiento intergrupar. Si en el grupo es dominante la identidad colectiva básica, en lugar de la movilizada, el grupo permanecerá inerte frente a la situación socio-política externa y se limitará a asumirla, de mejor o peor grado. Por esta razón, es interesante analizar la lucha discursiva que existe en el seno de cada grupo para que sus miembros hagan suya un tipo u otro de identidad, ya que ésta es una cuestión clave para lo que haya de ser en el futuro la existencia y el bienestar del grupo. Si el grupo consigue que muchas personas asuman una identidad movilizada contará con mayores recursos para la consecución de sus objetivos.

Pero en otras ocasiones, la cuestión no reside en pasar de una identidad colectiva básica a otra movilizada, sino en el tipo de identidad movilizada que se activa. Esto es, dentro de un colectivo pueden existir diferentes identidades que pugnan entre sí por convertirse en referentes para la mayoría de los miembros de ese grupo. Por tanto la principal resistencia para una identidad movilizada proviene de otra identidad movilizada con la que compite. Esto ocurre, por ejemplo, con los movimientos nacionalistas en un estado plurinacional. En esos casos, los que apoyan la opción de un partido nacionalista (una identidad movilizada), son los que previamente han dado prioridad a esa referencia grupal frente a otra de carácter estatal. Por el contrario, otras personas que tienen esa misma pertenencia pueden desarrollar una identidad movilizada con el grupo estatal. Por lo tanto, un asunto de interés para el comportamiento político es analizar cómo esas diferentes identidades pugnan y se van configurando dentro de colectivos que comparten muchos elementos en común.

A diferencia de otras identidades, la identidad colectiva movilizada implica costes. Esa identidad exige a los sujetos participar en acciones políticas con lo que todo ello puede representar de disponibilidad de tiempo, recursos, etcétera. Pero además, supone también un compromiso público con unas posiciones que en algunos casos pueden ser socialmente muy controvertidas, lo que puede ocasionar tensiones y enfrentamientos con otras personas, con autoridades, etcétera. La identidad movilizada, por tanto, no es un tema baladí. Exige una fuerte implicación de sus miembros y asumir dificultades a muy distinto nivel. Obviamente, ello está también muy relacionado con el contexto político en el que esas acciones tienen lugar y por la identidad que se defiende. No es lo mismo implicarse en acciones políticas en un sistema democrático y con gobiernos o mayorías sociales que simpatizan con los objetivos del grupo, que movilizarse cuando ese derecho está restringido o cuando la finalidad que se persigue provoca rechazo en la mayoría de la ciudadanía.

Pero sea en mayor o menor medida, la movilización exige esfuerzos. Si ello es así, y asumiendo que las personas actúan bajo una lógica racional, entonces hay que señalar cuáles son los beneficios que se derivan de tal acción. Con el objetivo de contrarrestar la influencia de las tesis lebonianas en la explicación de la acción colectiva, los investigadores apuntaron que esas acciones estaban guiadas por el principio de la instrumentalidad. Esto es, los posibles costes se asumían en la creencia de que quedarían amortizados por los beneficios aparejados a la movilización. Sin duda, la instrumentalidad es un motivo para movilización. De hecho, analizando el ámbito político es fácil detectar que un factor que contribuye a la creación de la identidad colectiva movilizada es asumir que a través de la acción colectiva se conseguirán los objetivos del grupo. Por lo tanto, no se trata de negar esa evidencia. Pero sí de ir un poco más allá de ella y mostrar también la existencia de identidades movilizadas que se construyen y/o mantienen a través de otras motivaciones que, por lo menos, son tan racionales como las instrumentales.

En este trabajo apuntamos que la racionalidad no puede limitarse a la instrumentalidad. La racionalidad va mucho más de esa perspectiva economicista de la persona. La racionalidad tiene que ver, básicamente, con el bienestar de los individuos. Y uno de los aspectos que más contribuye a ese bienestar es el reconocimiento por parte de los demás,

pero especialmente de aquellos de los que nos sentimos próximos y que constituyen parte sustancial de nuestro pequeño universo vital y emocional. Por esto la identidad con el grupo se revela como uno de los factores claves de la identidad colectiva movilizadora, incidiendo sobre ella tanto de modo directo como indirecto.

Hay un último aspecto importante que no queremos dejar de mencionar. Es cierto que la identidad colectiva movilizadora se crea y mantiene para hacer visibles las demandas y planteamientos de ciertos grupos frente a un determinado estado de cosas: la lucha por los derechos civiles, el respeto a las minorías culturales, el rechazo al uso de la violencia para solventar los conflictos, la igualdad de las diferentes orientaciones sexuales, etcétera. Todas esas identidades se han movilizadas para hacer frente a un gobierno, a una ley, a un grupo, a un estado de cosas, etcétera. Pero esas acciones tienen unas consecuencias que van mucho más allá de los grupos que las demandan o que las niegan. Esas acciones ponen en la agenda pública nuevos temas de debate, ponen en entredicho determinadas relaciones, crean nuevas identidades y replantean otras. En definitiva, tienen un impacto que va mucho más allá de los actores implicados y afectan a la sociedad en su conjunto y al orden social y político. Por esa razón, el análisis de las diversas expresiones de la identidad colectiva, de los diferentes elementos que las van conformando y de sus consecuencias socio-políticas constituye un programa de investigación de enorme interés para los científicos sociales en general y para los psicólogos sociales y políticos en particular.

Referencias

- ABRAMS, D. & HOGG, M. A. (1990). Social identification, self-categorization and social influence. En W. Stroebe & M. Hewstone (Eds.), *European Review of Social Psychology* (Vol. 1, pp. 195-228). Chichester, UK: Wiley.
- BAR-TAL, D. (1990). *Group beliefs: A conception for analysing group structure, processes and behavior*. New York: Springer-Verlag.
- BAR-TAL, D. (2000). *Shared beliefs in a society: Social psychological analysis*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- BERGER, P. & LUCKMANN, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BILLIG, M. & SABUCEDO, J. M. (1994). Rhetorical and ideological dimensions of common sense. En J. Siegfried (Ed.), *The status of common sense in Psychology* (pp. 121-145). Norwood, NJ: Ablex.
- BREWER, M. B. (2001). The many faces of social identity: implications for political psychology. *Political Psychology*, 22, 115-125.
- DURKHEIM, E. (1986). *Las reglas del método sociológico*, 5ª ed. Madrid: Morata.
- GIDDENS, A. (1984). *The constitution of society: outline of the theory of structuration*. Cambridge: Polity.
- HUDDY, L. (2001). From social to political identity: A critical examination of social identity theory. *Political Psychology*, 22, 127-156.
- HUNT, S. A. & BENFORD, R. D. (2004). Collective identity, solidarity and commitment. En D. A. Snow, S. A. Soule & H. Kriesi (Eds.), *The Blackwell Companion to social movements* (pp. 433-457). Oxford: Blackwell.
- KLANDERMANS, B. (1997). *The social psychology of protest*. Oxford, UK: Basil Blackwell.
- MARTÍ, C. (1988) Afianzamiento y despegue del sistema liberal. En M. Tuñón de Lara (Dir.), *Historia de España*. (Vol. 8, pp. 171-268). Barcelona: Labor.
- MARTÍN-BARÓ, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- MORALES, J. F. (2007). *Psicología y Racionalidad*. Discurso de Ingreso Real Academia de Doctores de España. Madrid.
- MOSCOVICI, S. (1984). The phenomenon of social representations. En R. Farr & S. Moscovici (Eds.), *Social representations: explorations in social psychology* (pp. 18-77). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- NG, S. H. (1982). Power and intergroup discrimination. En H. Tajfel (Ed.), *Social identity and intergroup relations* (pp. 179-206). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- NOEL, J. G., WANN, D. L. & BRANSCOMBE, N. R. (1995). Peripheral ingroup membership status and public negativity towards outgroups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 127-137.
- OREN, N. & BAR-TAL, D. (2006). Ethos and identity: expressions and changes in the Israeli Jewish society. *Estudios de Psicología*, 27, 293-316.
- PERREAU, S. & BOURHIS, R. Y. (1999). Ethnocentrism, social identification, and discrimination. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25, 92-103.
- SABUCEDO, J. M. & DURÁN, M. (2007). Violencia política: discursos legitimadores. En J. M. Sabucedo & J. Sanmartín (Eds.), *Los escenarios de la violencia* (pp. 139-157). Barcelona: Ariel.
- SABUCEDO, J. M., RODRÍGUEZ, M. & FERNÁNDEZ, C. (2002). Construcción del discurso legitimador del terrorismo. *Psicothema*, 14, 72-77.
- SIMON, B. (1998). The self in Minority-Majority Contexts. En W. Stroebe & M. Hewstone. (Eds.), *European Review of Social Psychology* (Vol. 9, pp. 1-31). Chichester, UK: Wiley.
- SIMON, B. & KLANDERMANS, B. (2001). Politicized collective identity. A social psychological Analysis. *American Psychologist*, 56, 319-331.
- SIMON, B., LOEWY, M., STÜRMER, S., WEBER, U., FREYTAG, P. & HABIG, C. (1998). Collective identification and social movement participation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 646-658.
- STAUB, E. (1999). The origins and prevention of genocide, mass killing and other collective violence. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 5, 303-336.

- STÜRMER, S. & SIMON, B. (2004). The role of collective identification in social movement participation: a panel study in the context of the German gay movement. *Personality and Social Psychological Bulletin*, 30 (3), 263-277.
- TAJFEL, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- TAJFEL, H. & TURNER, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W. G. Austin & S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations* (pp. 33-47). Monterrey, CA: Brooks/Cole.
- TAYLOR, D. M. & LOUIS, W. (2004). Terrorism and the quest for identity. En F. M. Moghaddam & A. J. Marsella (Eds.), *Understanding Terrorism* (pp. 169-185). Washington: American Psychological Association.
- TAYLOR, D. M. (2002). *The quest for identity: From minority groups to generation Xers*. Westport, CT: Praeger Publishers.
- TURNER, J. C. (1999). Some current issues in research in social identity and self-categorization. En N. Ellemers, R. Spears & B. Doosje (Eds.), *Social Identity* (pp. 6-34). Oxford: Blackwell.
- TURNER, J. C., HOGG, M. A., OAKES, P. J., REICHER, S. D. & WETHERELL, M. S. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Blackwell.
- TURNER, J. C., HOGG, M. A., TURNER, P. J. & SMITH, P. M. (1984). Failure and defeat as determinants of group cohesiveness. *British Journal of Social Psychology*, 23, 97-111.
- TURNER, R. H. & KILLIAN, L. M. (1987). *Collective behavior*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- VAN STEKELENBURG, J. (2006). *Promoting or preventing social change*. Tesis doctoral no publicada. Vrije Universiteit, Amsterdam.
- WRIGHT, S. C., TAYLOR, D. M. & MOGHADDAM, F. M. (1990). Responding to membership in a disadvantaged group: from accepting to collective protest. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 994-1003.
- ZOMEREN, M., SPEARS, R., FISHER, A. H. & LEACH, C. W. (2004). Put your Money where your mouth is! Explaining collective action tendencies through group-based anger and group efficacy. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87, 649-664.